

A propósito del libro "El Uruguay del exilio"

La nostalgia reflexiva

Hay un viejo chiste según el cual la industria computacional tiene poco desarrollo en Uruguay porque los uruguayos no tienen memoria, tienen nostalgia.

NORA
RABOTNIKOF*

SEGURAMENTE LA BROMA, como suele decirse de ciertos empresarios en México, es "de origen argentino". Mezcla de prejuicio, empirismo elemental, generalización apresurada, un poquito de *cultural studies*, verdad de sentido común y flagrante falsedad, la broma integra esos ejercicios de café donde se gestan los axiomas acerca del "carácter nacional". Axiomas que más allá o más acá de su evidencia, dicho sea de paso, de todos modos signaron durante años la percepción mutua y las interacciones de amor-odio, envidia y desprecio en los lazos argentino-orientales. Y digo cariñosamente hostil para con los uruguayos porque en la broma parece desplegarse toda la ambivalencia de la palabra nostalgia.

Suele decirse, no sé si esto sea cierto, que el término nostalgia tuvo su origen en la medicina y que fue inventado por un tal doctor Hofer para clasificar una de esas enfermedades del alma, un vicio del corazón. Los primeros afectados o diagnosticados fueron algunos individuos desplazados del siglo XVII, sobre todo soldados suizos en el extranjero. Traducida como "enfermedad del país", *maladie du pays*, el principal síntoma era la producción de representaciones erróneas que provocaban que los pacientes perdieran contacto con el presente, y que el anhelo por la tierra nativa se transformara en obsesión. Alucinaciones, voces del pasado, y una insólita capacidad para recordar sonidos, olores, gustos de algo que aparecía como un paraíso perdido, conformaban una obsesión por detalles que resultaban invisibles para los que habían permanecido en el terruño. Al parecer, la nostalgia auditiva y gastronómica era particularmente notoria. El sonido de las gaitas provocaba epidemias de nostalgia entre los soldados escoceses, y las tonadas alpinas y el campanileo de los cencerros de las vacas desataban



mares de llanto entre los mercenarios suizos. Para Hofer, la nostalgia era un signo de patriotismo, una enfermedad, diríamos hoy, de alto contenido cívico, que sacaba a la luz el intenso amor a la patria. Y además, esto es interesante, a diferencia de la melancolía, que siempre había tenido una valencia filosófica e individual, y que se identificaba con el utopista, el artista o la duda hamletiana, es decir que era considerada una enfermedad de intelectuales, la nostalgia tenía un rasgo más democrático: no era mera ansiedad individual sino que tenía una dimensión pública y colectiva, popular. Confusión de pasado y presente, de acontecimientos reales e imaginarios, el mal no sanaba con el retorno al terruño sino que permanecía ahí, como una disposición permanente o como un modo de ser en el mundo. De ahí también las valoraciones am-

bivalentes de la nostalgia: para algunos idilio con el pasado, para otros déficit de universalismo, es decir adhesión malsana a lo parroquial.

Pero para las reflexiones más recientes sobre el tema (y me estoy apoyando en un libro de Svetlana Boym) hay una nostalgia propiamente moderna: ésta habría surgido de la escisión moderna entre lo local y lo universal. La nostalgia, al igual que el progreso (como su espejo conceptual), dependería de la idea de un tiempo irreversible e irrepetible. La nostalgia moderna, entonces, se instala en la distancia temporal y eso la acerca a la memoria.

Y vuelvo entonces a la cariñosa hostilidad del chiste que sospechamos de origen argentino. En su referencia a los uruguayos, el término nostalgia es usado en contraposición a memoria, subrayando al

parecer una cierta vocación de restauración del pasado. Así, podríamos interpretar, los uruguayos tendrían una forma de relacionarse con el pasado como si fuera una foto congelada, en un intento de evadirse del tiempo y de su irreversibilidad. La nostalgia uruguaya sería como un rechazo de la historia, o un intento de transformarla en mitología privada o colectiva. Si subrayamos el lado hostil de la broma, entenderíamos a la nostalgia (y vuelvo a citar) como "una abdicación de la responsabilidad personal, un volver a casa libre de culpas", o, como diría el historiador Charles Maier, se trataría de una nostalgia que "es a la memoria, como kitsch al arte". Este sería el sentido peyorativo que estaría presente en el chiste (si se confirmara que, efectivamente, es de origen argentino).

Pero, como dije, quie-

nes hablan y reivindican una nostalgia reflexiva nos indicarían en cambio otro sentido. La nostalgia restauradora, que permitiría contar otras historias, que mostraría que "extrañera" (esa palabra tan uruguaya) y elaboración crítica no están reñidas. Una nostalgia que no pretende reconstruir un lugar mítico, sino que se centra "tanto en el referente como en la distancia temporal". Si la nostalgia restauradora o reaccionaria, que anhela volver a ser, termina cristalizando en tradición y en verdad, la otra, la nostalgia reflexiva, finalmente duda de todo y anhela conocer. Esto le permite ser más plural, instalarse en las articulaciones entre biografía individual y biografía grupal y, sobre todo, ser consciente del transcurrir y del acumularse de los diferentes espacios de experiencia, de esos presentes y futuros

pasados, de esos estratos del tiempo que la memoria selecciona, ordena, mezcla y oculta cada vez que es convocada.

Todo esto viene a cuento porque al revisar el libro sobre el exilio uruguayo** encontré que, chistes aparte, el texto podría leerse como un ejemplo riguroso de nostalgia reflexiva. Porque se necesita mucha seriedad intelectual para armar una compilación así, una gran capacidad reflexiva para transformar una experiencia tejida en la nostalgia como fue el exilio, y aún más, la memoria del exilio, en un tema de análisis y debate. Y se necesita una particular formación ciudadana, no sólo académica, para poder contar esas historias de este modo, o quizá antes, para que esas historias fueran como fueron, experiencias colectivas y no sólo tragedias individuales, aprendizajes políticos y no sólo letanías identitarias. Seriedad intelectual y capacidad reflexiva para lograr que lo anecdótico ilustre la dimensión experiencial y para que la inclusión de la cotidianidad y de la percepción del día a día se articule de manera tensa e iluminadora con la dimensión propiamente política del fenómeno.

Por razones que reconozco oscuras y que no tiene sentido exponer aquí, siempre tuve cierta resistencia a construir al exilio como tema de investigación y de reflexión. Quizá esto tuviera que ver con las particularidades del exilio argentino, o con compartir esa creencia de que el exilio no podía asimilarse a eso que hoy, en cierta literatura sobre memoria, es tematizado como *situaciones límite*. Quién sabe por qué, lo cierto es que siempre tuve o tenía una relativa desconfianza en relación con el exilio, repito, como *tema*.

Pero debo reconocer que después de leer el libro soy mucho menos prejuiciosa. Porque Silvia Dutrenit (y algunos de los autores convocados) terminaron convenciéndome de que esa construcción del exilio como tema supone abrir varias líneas de reflexión, que superan con mucho las búsquedas de protagonismo, las políticas de la identidad o las nostalgias restauradoras. Cito, un poco desordenadamente, algunas de esas líneas de reflexión, que para mí no estaban tan claras.

En primer lugar (quizá el eje de mayor referencia nacional), la presencia imprescindible del exilio en la reflexión sobre la historia de la izquierda uruguaya.

En el libro llama la atención, más allá de lo que uno pueda saber o desconocer de la historia de Uruguay, lo que llamaríamos la "organicidad" del exilio uruguayo. La centralidad del Partido Comunista, del movimiento tupamaro y del Partido por la Victoria del Pueblo en la organización de las salidas y las llegadas al extranjero, en la gestión de las relaciones con los países de acogida, pero sobre todo en el encuadramiento orgánico y, más que orgánico, en el "encuadramiento de sentido" de los exiliados, está presente en todos los capítulos del libro. Esto nos habla de una presencia política en el país, anterior al desparramo del exilio, nos habla de la politización partidaria de la izquierda uruguayo, y nos habla de que en este caso un período importante de esa historia de la izquierda tuvo su escenario en el exilio, y que parece muy difícil reconstruir de manera más o menos fiel ese capítulo de la historia de la izquierda sin referir a ese "afuera". [...]

En segundo lugar el libro nos habla (aunque aparece en forma fragmentaria como reflexión explícita) de otra forma de pensar y de vivir la política y de su crisis. Ese capítulo de la historia de la izquierda uruguayo es un relato de resistencia, de denuncia, de oposición a la dictadura pero es también un capítulo de crisis, de elaboración de la derrota, de profundos cambios en el escenario internacional y de rupturas, escisiones, discusiones internas, incluso de desaparición de esos grandes referentes colectivos. Y entonces el exilio se cruza, de manera difícil de desanudar, con el resquebrajamiento y recomposición de una forma de experiencia política que se llamó militancia. Y este es un segundo eje de discusión que me parece central, que en cierto modo se anuda con los demás, y que podríamos llamar algo así como "el exilio como prisma o como rendija para pensar una crisis de la política o de una forma de vivir la política". En el capítulo sobre el exilio en Francia los autores arriesgan una interpretación en cierto modo especulativa sobre la naturaleza de la experiencia del exilio. El exilio propiamente dicho no sería más que un plus geográfico y cultural que se agregaría a una extranjería en cierto modo existencial, la del intelectual crítico en su país de origen. Habría entonces un exilio anterior, metafísico, del mundo, que tiene que ver con el distanciamiento que el militante ya había hecho al embarcarse en un

proyecto de transformación, y que lo hacía un extranjero en su propia patria. Y sin embargo, esto contrasta con la voz de uno de los testimoniantes que dice "no me sentí exiliado hasta que renuncié a mi organización política". Hasta entonces había sido un militante en el exterior. El exilio empieza, o empieza a vivirse como tal, cuando la política ya no es esa síntesis privilegiada de sentido, esa fuente que informaba elección de pareja, relaciones sociales, y proyectos de futuro. El exilio comienza no con el compromiso, sino al revés, cuando hay que empezar a rehacer los mapas de orientación en el mundo, a partir del reconocimiento de esferas autónomas (profesionales, laborales, familiares) que hasta entonces convergían en un centro unificador de sentido, en un proyecto que articulaba pasado, presente y futuro. Proyecto que en estos casos, justamente por esa historia partidaria de la izquierda uruguayo, era identificado con la pertenencia orgánica. Si seguimos este testimonio y lo enlazamos con otros que también aparecen en el libro (como aquel que expresa el final de un protagonismo que había significado hasta entonces sentirse en el primer plano de la historia), se descubre que era una forma de vivir la política la que, en otros términos, brindaba un hogar o un territorio de pertenencia, a veces más allá del país y más allá de la organización. La militancia, así entendida, no era una primera forma de exilio sino una forma de acceso a una plenitud de sentido. Plenitud para la que, después, sería difícil encontrar lo que los sociólogos llamarían "equivalentes funcionales". Segunda línea de reflexión que dibuja el libro, para mí una de las más convocantes: nos abre las puertas a la cara reflexiva de la nostalgia, a aquella que se instala, como dije, no tanto en el referente sino en la distancia.

Una tercera línea, aparentemente muy obvia, es la que llamaría el exilio como rendija o mirilla desde donde se observó a los países de acogida. Esto que deberíamos haber aprendido a través de los libros de viajeros del siglo XIX, al menos yo no lo tenía tan claro. Tal vez lo que me hacía desconfiar era que la mirada del exiliado no fue, ni pudo ser, pero tampoco lo pretendió, la de un observador o un cronista objetivo. Todo lo contrario, se trata de visiones en las que la subjetividad estaba a flor de piel, en las que la



energía estuvo en su momento puesta en construir "un mundo de la vida" y no en hacer análisis sociopolíticos. A primera vista lo más llamativo del pluralismo de los exilios relatados parece ser las características de los colectivos instalados en cada país (cuántos eran, de qué forma habían llegado, qué composición de edad y clase, y sobre todo qué afiliación política influía en la forma de vivir esos países: en qué medida la guetificación era un mandato, o el idioma una barrera infranqueable, o en qué medida había canales de inserción más o menos invitantes). Pero también, siempre desde la mirilla o la rendija de la percepción exiliada, adivinamos rasgos de los países de acogida. [...]

Y esto me lleva a un último eje que el exilio como tema repropone y que tiene que ver con la cuestión de la historia oral o del peso de los testimonios. Es muy difícil trabajar con testimonios y lograr lo que se logró en este libro. Supongo que hay una primera receta fácil en la teoría y casi imposible en la escritura de la historia, que es la de decir algo así como: que cada investigador construya, a partir del estudio y la interpretación, la dimensión objetiva del asunto (cuántos, quiénes, cómo, a través de qué vías) en un trabajo propio de historiador, y que los testimonios brinden la remembranza de la cotidianidad, la dimensión subjetiva, la vivencia. Pero lograr que los testimonios también ilustren la historia política, como se logra en algunos trabajos (por ejemplo en el de Chile), entretejiéndolos con los documentos, como en el caso de México, o dejar que los testimonios hablen por sí solos, como en el caso de Rusia, es un ejercicio que ilustra precisamente parte del potencial de la nostalgia reflexiva. Y, por supuesto, lograr construir ese difícilísimo lugar en el que cohabitan testimonian-

te e historiador, actor e investigador, lugar que se consigue construir en algunos de los trabajos, es realmente un logro valiosísimo. Y esto da mucho para pensar sobre la función, el alcance, la importancia de los testimonios y para revisar mucho de lo que se ha escrito sobre esta cuestión metametodológica. Porque va-

rios de los trabajos que integran el libro fueron escritos desde esta doble adscripción, es decir desde la postura de quien vivió el exilio y desde la mirada del hoy investigador. Otros, por el contrario, fueron escritos a partir de una distancia experiencial y generacional con el exilio y desde los dictados, diría yo, de una razón académica. [...] Cuarto eje de reflexión entonces que va más allá del exilio, y que tiene que ver con el subtítulo del libro: ¿qué pasa cuando la gente reflexiona sobre los escenarios y las circunstancias de una experiencia que fue defi-

nitaria en su propia biografía?

Historia de la izquierda, mirilla desde la que observar a los países de acogida, reflexión y elaboración de los actores 30 años después, y sobre todo duelo por una forma de vivir y pensar la política, son por lo menos cuatro de los ejes que el libro abre a la reflexión. Recuerdo que Furet decía de Tocqueville que había logrado transformar la propia biografía en un problema conceptual. Salvadas las enormes distancias, me parece que ese sigue siendo un desafío y una tarea inmensa para aquellos que vivieron épocas de cambios radicales que significaron reacomodos medulares en las historias de vida, en las identidades y en las visiones de futuro. Transformar la propia biografía en uno o en varios problemas conceptuales puede ser, como nos muestra este libro, un ejercicio de distancia irónica, muy pocas veces juguetona o lúdica, sino más bien difícil y amenazador de las pocas certezas que sobreviven al naufragio de una época. Porque finalmente de eso debe tratarse lo que llaman la

nostalgia reflexiva. No sé cómo esto incide en el desarrollo de la industria de la computación, pero termino pensando que para la escritura de la historia y para la reflexión política, esa nostalgia reflexiva no es lo opuesto a la memoria, sino, por lo que vemos, su compañera de militancia en la voluntad de conocer y de otorgar sentido a nuestro pasado. ■

* La autora, argentina, está radicada en México desde fines de los setenta y es investigadora del Instituto de Filosofía de la UNAM. Este artículo es una síntesis de su ponencia en el seminario "Itinerarios y herencias del exilio uruguayo", realizado en México DF del 20 al 24 de agosto.

** **El Uruguay del exilio: gente, circunstancias, escenarios**, Trilce, Montevideo, noviembre de 2006 (544 páginas). Coordinadora: Silvia Dutrenit. Autores: Clara Aldrichi y Guillermo Waksman (Chile), Cristina Porta y Diego Sempol (Argentina), Silvia Dutrenit (México), Paola Parrella y Valentina Curto (Cuba), Enrique Coraza (España), Ana Buriano (Unión Soviética), Sergio Israel (Europa oriental), Javier Gallardo y Guillermo Waksman (Suiza), Eugenia Allier y Denis Merklen (Francia), Isabel Wschebor (Venezuela), Magdalena Broquetas (Suecia), Vania Markarian (militancia política y derechos humanos), Marina Cardozo y Ana Costa (cultura y compromiso), Laura Romero (exilio y familia), Cristina Porta (los hijos del exilio), Irene de Santa Ana y Ariel Sanzana (experiencia de trabajo grupal).

Bienvenida Real Seguros

¡Bienvenidos a Real Seguros! En Real Seguros tenemos el honor de recibirlos en nuestra oficina. Estamos a su disposición para asesorarlos y brindarles el mejor servicio. ¡Gracias por confiar en nosotros!

Real Seguros ofrece una amplia variedad de pólizas de seguro, incluyendo seguro de vida, seguro de salud, seguro de accidentes y seguro de incendios. Contáctenos hoy mismo para obtener más información y cotizar su póliza.

Real Seguros es una empresa líder en el mercado de seguros en Uruguay. Contamos con una larga trayectoria y una sólida experiencia en el sector. ¡Confíe en Real Seguros para proteger su patrimonio y el de su familia!

Real Seguros es una empresa líder en el mercado de seguros en Uruguay. Contamos con una larga trayectoria y una sólida experiencia en el sector. ¡Confíe en Real Seguros para proteger su patrimonio y el de su familia!

Real Seguros es una empresa líder en el mercado de seguros en Uruguay. Contamos con una larga trayectoria y una sólida experiencia en el sector. ¡Confíe en Real Seguros para proteger su patrimonio y el de su familia!

Real Seguros es una empresa líder en el mercado de seguros en Uruguay. Contamos con una larga trayectoria y una sólida experiencia en el sector. ¡Confíe en Real Seguros para proteger su patrimonio y el de su familia!